

¿PATRIAS O PLANETA? EL ASCENSO DE LOS NACIONALISMOS EN EL MUNDO

"Las barreras de las nacionalidades, que pertenecen a los albores de la raza humana, se fundirán y se disolverán a la luz de las ciencias y de las artes." ¹¹⁸ Esta cita del ideólogo liberal G. Lowes Dickinson, de 1908, adelantaba algunos años el comienzo de la Primera Guerra Mundial... ¿Sigue teniendo vigencia?

Vivimos un fin de siglo paradójico en varios aspectos. En el mismo momento en que el capitalismo parece haber logrado finalmente unificar el mundo, donde la economía se internacionaliza a un grado sin precedente, donde las empresas multinacionales dominan el mercado mundial, donde Europa marcha a pasos acelerados hacia la unidad supranacional -el nacionalismo vuelve ruidosamente al primer plano. ¿Se tratará de una reacción comprensible contra la uniformización del planeta impuesta por el capital, o de un repliegue tribal profundamente regresivo? ¿y cómo dar cuenta de esta corriente "identitaria" que parece arrasar con todo a su paso?

No hay una explicación evidente de este fenómeno, pero podría ser esclarecedor ponerlo en paralelo con el actual retorno de lo religioso. La crisis de los dos modelos existentes de racionalidad instrumental -la acumulación capitalista y el "productivismo" burocrático- favorece el auge de reacciones no racionales (a veces irracionales) tales como el nacionalismo y la religión. Es cierto que los dos fenómenos pueden revestir formas progresistas, tales como los movimientos de liberación nacional o la teología de la liberación; pero es necesario reconocer que las tendencias reaccionarias (y las manifestaciones de intolerancia) a menudo son dominantes. En varios países, la religión se funde con el nacionalismo, reforzándolo y "sacralizándolo": es el caso del catolicismo en Polonia y en Croacia (y aunque en otro contex-

to, en Irlanda del Norte), de la ortodoxia en Serbia y en Rusia, del evangelismo conservador en los Estados Unidos, de cierta ortodoxia judía en Israel y del Islam en Libia. En otras situaciones, la religión y el nacionalismo mantienen una relación de competencia y hasta conflictiva, como es el caso del integrismo islámico y del nacionalismo árabe en África del Norte y en Medio Oriente.

En ninguna parte del mundo, la explosión nacionalista es tan impresionante como en Europa del Este y en la ex URSS. Veamos como un observador perspicaz resume perfectamente la situación en esta parte del mundo: "Los últimos vestigios de solidaridad entre las nacionalidades no emancipadas del 'cinturón de las poblaciones mezcladas' se desvanecen con la desaparición de esta burocracia central despótica que también había servido para unir y para desviar los odios difusos, de unos contra otros, y las reivindicaciones nacionales rivales. A partir de entonces, todos estaban en contra de alguien, y espectacularmente en contra de sus vecinos más cercanos, eslovacos contra checos, croatas contra serbios, ucranianos contra polacos."

Lo más sorprendente de este análisis es que fue escrito antes de los acontecimientos actuales: se trata de un pasaje del libro de Hannah Arendt, *The origins of totalitarianism* (1951), que describe "la atmósfera de degradación" de Europa del Este durante los años veinte, es decir inmediatamente después de la caída de la monarquía austro-húngara y del Imperio Zarista -las dos "burocracias despóticas" mencionadas en esta cita ¹¹⁹.

En otras palabras: en gran parte de Europa, hemos retrocedido setenta años atrás.

Conveníamos que, ni entonces ni hoy, no es para nada regresivo -¡todo lo contrario!- que imperios multinacionales, que son verdaderas "cárceles del pueblo" caigan y que naciones oprimidas recuperen su libertad. Socialistas y demócratas sólo pueden regocijarse al ver los tanques soviéticos abandonar Alemania del Este, Polonia, Hungría y al ver las tropas de la KGB retirarse de los países bálticos, dejando a los pueblos decidir por sí solos su futuro y elegir libremente la unificación, la separación o la federación. Se necesitó de todo el cinismo stalinista y post-stalinista para legitimar la anexión de Lituania y Moldavia, la rufianización de Ucrania o la invasión de Checoslovaquia en nombre del "socialismo" o del "internacionalismo proletario". La esclavitud burocrática se esfumó y las naciones dominadas recuperaron sus derechos. ¡Tanto mejor!

Pero no todo es tan bonito en este cuadro: lo mejor y lo peor se mezclan inextricablemente en el seno de los movimientos nacionales.

el despertar de los nacionalismos chauvinistas, de los expansionismos, de las intolerancias, de las xenofobias: el resurgimiento de las viejas querellas nacionales, de los odios contra "el enemigo heredado": y especialmente la reaparición de tendencias hegemónicas, que llevan a la opresión de las propias minorías nacionales.

Paradójicamente, estos rasgos negativos y siniestros, este "retorno de lo reprimido", esta resurrección de las viejas *vendettas* nacionales no se manifiestan en ninguna otra parte del mundo de manera tan brutal y absurda como en Yugoslavia -único país llamado socialista que había escapado al control de Moscú y que había logrado constituir, a partir de la "fraternidad de los pueblos" en la lucha común contra la ocupación nazi, una federación relativamente igualitaria entre los diversos componentes nacionales.

Esta paradoja se puede explicar, evidentemente, mediante algunas causas múltiples y complejas de orden económico, cultural, político, religioso e histórico -sin olvidar la pesada responsabilidad del régimen serbio-stalino-nacionalista de Milosevic, quien abrió, con su política de opresión de los albaneses de Kosovo, la caja de Pandora de los nacionalismos en Yugoslavia. Sin embargo sigue existiendo un núcleo irreductible de irracionalidad pura en esta explosión recíproca de odio contra "el otro".

Es imposible prever por el momento si el "paradigma yugoslavo" va a extenderse, si los conflictos actuales entre eslovacos y checos, húngaros y rumanos, ucranianos y rusos, moldavos y rusófonos, azerbaiyanos y armenios, georgianos y osetas, etc. van o no a tomar la forma de un enfrentamiento generalizado; y si la disolución en curso de la ex URSS va o no a conducir a una guerra de todos contra todos (¿con armas nucleares?) que haría aparecer el actual conflicto en la ex Yugoslavia como un simple episodio. Todo puede suceder, incluso lo peor y el optimismo no es moneda corriente en este fin de siglo nacionalista.

En 1990 un universitario socialista de Moscú, Mikhail Malutin, presentaba como probable, el siguiente panorama catastrófico: una "latinoamericanización" en el oeste de la ex URSS -con la formación de repúblicas bananeras-, una "lbanización" en el Cáucaso y una "afganización" en Asia Central y agregaba que lo conveniente era una rápida secesión de las diferentes repúblicas ¹²⁰.

Las razones de esta explosión nacionalista, a nivel de todo el ex "bloque socialista" son, entre otras, las siguientes.

1º La rebelión contra décadas de discriminación nacional y de hegemonismo "gran ruso" es la motivación más evidente de los movimientos nacionales, tanto en la ex Rusia como en sus ex-satélites. Pero

mientos nacionales, tanto en la ex Rusia como en sus ex-satélites. ¡Pero esta motivación no es aplicable a Yugoslavia!

2º Según el historiador checo Miroslav Hroch, "cuando un antiguo régimen se desintegra, cuando las antiguas relaciones sociales se tornan inestables, en el medio de una crisis de inseguridad general, pertenecer a una lengua y a una cultura común puede ser la única certeza en una sociedad"¹²¹. Esto nos ayuda a comprender el paralelismo entre los acontecimientos actuales y los de los años veinte, luego de la desintegración de los antiguos Imperios en Europa Central y Oriental.

3º La crisis y la caída de las ideologías, culturas y valores "de clase". La política, como la naturaleza, teme al vacío; y contrariamente a lo que piensan los liberales y otros posmodernos, el individuo en sí mismo no es un valor suficiente para cimentar una sociedad. Frente a la desaparición de los valores socialistas, desacreditados por medio siglo de manipulación y de cinismo burocráticos, los pueblos se apagan a otros valores transindividuales, no comprometidos con el antiguo régimen autoritario: la religión y especialmente la nación. Por otra parte, ambos están a menudo asociadas, como en Serbia, Croacia, Armenia, Azerbaiyán, etc., lo que no hace más que reforzar las intolerancias recíprocas.

4º El deseo de las naciones, regiones o repúblicas relativamente avanzadas de deshacerse del "peso" que representan las regiones más pobres o relativamente atrasadas, para poder conservar sus recursos para sí y unirse, lo más rápidamente posible, al mercado común europeo. Esto vale particularmente para Eslovenia y Croacia, para las repúblicas bálticas y en general para la parte occidental de la ex URSS (con respecto a las regiones asiáticas). En otro contexto, existen razonamientos (parcialmente) análogos en las Ligas del Norte de Italia.

5º La manipulación demagógica de los sentimientos nacionalistas tanto por parte de las élites neostalinistas que tratan de conservar (o de recuperar) su poder -Azerbaiyán, Serbia, Bulgaria- como por parte de las élites autoproclamadas neoliberales frente a dificultades económicas crecientes (Rusia).

Para los ideólogos iluminados de Europa Occidental, esta escallada del nacionalismo en el Este es una cuestión bastante lamentable pero que no les concierne directamente. Las corrientes nacionalistas y xenóforas no pueden ser sino el producto del subdesarrollo, de sociedades primitivas semiagrarias, de pueblos sometidos durante mucho tiempo al "totalitarismo comunista". O, simplificando aun más, se trata de una oscura conspiración de la nomenklatura comunista para conservar su poder, como en Serbia, en Moscú (antes de agosto de 1991)

o en Azerbaiyán. Europa Occidental ya superó, desde hace mucho tiempo, estas pasiones irracionales: las naciones de esta parte moderna y democrática del continente, ya reconciliadas, marchan a pasos agigantados hacia su integración armoniosa en una Europa unificada.

Este cuadro idílico no corresponde exactamente a la realidad. También existen movimientos nacionales en Europa Occidental y toman cada vez más fuerza. Pertenecen esencialmente a dos tipos bien diferentes.

1º Los movimientos democráticos por los derechos de las *naciones oprimidas* en Europa Occidental: los vascos y los irlandeses no son más que la punta visible (y turbulenta) de un iceberg bastante más grande, que incluye a los catalanes y gallegos, escoceses y galeses, corsos y greco-chipriotas. El caso del Estado español es el más impresionante, por la fuerza y la implantación, en vastos estratos populares, de los movimientos nacionalistas (autonomistas o independentistas), a menudo con un tinte socialista, que retoman un antiguo combate pero permanentemente actualizado contra el centralismo castellano y por su derecho a la autodeterminación. En Cataluña y en el País Vasco, fuerzas conservadoras y progresistas se disputan el espacio político del nacionalismo mientras que, Galicia es el único ejemplo en el Estado español (incluso en Europa) en el que el proyecto nacionalitario es proclamado únicamente por las fuerzas de izquierda.

2º El *nacionalismo xenóforo y racista* dirigido no tanto en contra del antiguo adversario "exterior" (el enemigo europeo tradicional) sino en contra "del enemigo del interior": los trabajadores inmigrantes de origen árabe, africano, turco o europeo oriental (así como también, el viejo chivo emisario de siempre, el judío). Una corriente que se expresa políticamente mediante el auge sorprendente de partidos y movimientos nacionalistas de tinte semifascista, fascista o directamente nazi (en Francia, Austria, Bélgica, Alemania, etc.). ¡que cuenta ya con siete millones de electores en la Unión Europea (UE)! y por las agresiones criminales de los *skinheads* y otra bandas racistas.

Este fenómeno también está presente en algunos países de Europa del Este y en Rusia, donde grupos "fascistoides" contra los judíos, los gitanos u otras minorías étnicas crecen de manera inquietante. Por cierto, el racismo no es idéntico al nacionalismo: pero hay que dejar constancia, como lo hace René Gallissot, de que el racismo como ideología y como complejo de prácticas, se desarrolla siempre "en el campo del nacionalismo"¹²². T. W. Adorno* subrayaba al respecto, en una conferencia en 1966 (sobre "La educación después de Auschwitz")

que "el china que más favorece tales resurgimientos" racistas e intolerantes, "es el despertar del nacionalismo". Y agregaba el siguiente comentario, que me parece particularmente apropiado a la coyuntura europea actual: "El nacionalismo es agresivo porque en la época de la comunicación internacional y de los bloques supranacionales, no puede creer en sí mismo, y sólo puede caer en la desmesura si quiere convencerse a sí mismo y convencer a los demás de lo que puede tener de substancial." 123

En Europa Occidental la xenofobia tenía como blanco, a los inmigrantes de los países del sur; las siguientes víctimas serían ya son, especialmente en Alemania -los desdichados emigrantes del ex "bloque socialista" expulsados de sus países por los conflictos nacionales y la catástrofe económica resultante de los "remedios para caballos" aplicados por la economía de mercado. Después del árabe, del negro o del turco, le toca al polaco, al croata o al armenio convertirse en el chivo expiatorio de los nacional-racistas "occidentales"; a menos que Europa reconstruya el muro de Berlín un poco más al este y reinstale los alambrados de púas electrificados de la antigua "Cortina de Hierro", pero esta vez del lado occidental de la frontera....

La presencia de los inmigrantes no es más que un pretexto: sólo constituyen el 2% de la población de la UE; por otra parte, estos ya estaban allí desde hace 15 o 20 años; sin provocar reacciones semejantes. ¿Por qué esta corriente xenófoba en este preciso momento? La crisis económica, la desocupación y la degradación de las condiciones de vida en los suburbios populares tienen mucho que ver. Pero también ocurre algo más profundo en la cultura popular: al igual que en Europa del Este, pero con otro tono, la decadencia de los valores clasistas y del socialismo, identificados durante largo tiempo con la URSS y con los partidos comunistas, da lugar a la llegada del nacional-racismo. Tanto aquí como allá, el vacío político dejado por la crisis y el retroceso de la conciencia de clase no puede más que favorecer al nacionalismo. Desde este punto de vista, el auge de los valores étnicos tiene, en las dos Europas, raíces comunes. En Occidente hay que agregar a esto la decepción provocada por la administración social democrata de la crisis, cada vez más difícil de distinguir (sólo por algunos detalles simpáticos) de la administración preconizada por los neoliberales.

También existen formas progresistas y reaccionarias de nacionalismo en el "Tercer Mundo" (término que ha perdido toda su significación desde que el "Segundo Mundo" dejó de existir), es decir en los países dependientes situados en la periferia del sistema imperialista mundial.

Los movimientos de liberación nacional más importantes y más progresistas en África, en Asia y en Medio Oriente -como los de Kurdistán, Eritrea, Sudáfrica, Palestina, Timor y Sudán- no están directamente dirigidos contra el imperialismo occidental sino contra algunas formas locales de opresión nacional. Excepto la gran corriente de protesta popular contra la agresión imperialista en Irak, el nacionalismo antimperialista y anticolonialista parece haber perdido gran parte de su influencia, en pos de movimientos esencialmente reaccionarios tales como el fundamentalismo islámico, el comunismo etnolingüístico y religioso (India) y el tribalismo.

El caso de América Latina es un tanto diferente, puesto que hay pocos conflictos interétnicos, interconfesionales o "comunistas" -lo que no quiere decir que no existan el racismo y la exclusión social de comunidades indígenas o negras ...

En América Latina también existen las dos formas del nacionalismo. El ejemplo clásico del nacionalismo reaccionario es la ideología "patriótica" de los regímenes militares -como en Argentina, Brasil, Chile durante los años setenta y ochenta- generalmente dirigido contra el fantasma del "comunismo internacional" y sus "agentes subversivos" latinoamericanos. En nombre de la Doctrina de la Seguridad Nacional, cada protesta social, cada movimiento de izquierda era denunciado con el argumento de que era de "inspiración extranjera" o de que estaba basado en "doctrinas exóticas opuestas a nuestras tradiciones nacionales".

Este tipo conservador de nacionalismo de guerra fría hace un uso extensivo de los símbolos nacionales (la bandera, el himno nacional) y de la retórica patriótica, pero acepta sin dudar la hegemonía de Estados Unidos -"el liderazgo norteamericano del mundo libre". Éste puede recurrir a la geopolítica para reclamar un papel subimperialista de hegemonía regional -como los militares brasileños durante los años setenta- pero esta ambición conduce, en muy pocas ocasiones, a un conflicto abierto con las potencias occidentales rivales, como es el caso de la guerra de la Argentina de los generales contra Inglaterra por las Islas Malvinas*. El último ejemplo - bastante caricaturesco- de esta proceder fueron las maniobras "nacionalistas" de la Junta Militar en Haití y de los partidarios de Duvalier (*Macoutes*) contra Estados Unidos, desde 1991 hasta 1994.

El nacionalismo de tipo populista, que alcanzó su apogeo durante los años cuarenta y cincuenta -peronismo* en Argentina, aprismo* en Perú, varguismo* en Brasil- está en decadencia y/o reconciliado con el capital extranjero. El caso más sobresaliente es el del actual gobierno peronista (el del presidente Menem) quien ha roto

sistemáticamente todos los lazos con la tradición nacionalista de su movimiento y ha respetado estrictamente las indicaciones del FMI. En algunos casos, como el de México, la crisis del gobierno populista (dirigido por el PRI, "Partido Revolucionario Institucional") condujo a una escisión y a la formación de un nuevo partido. El PRD (Partido Revolucionario Democrático) dirigido por Cuauhtemoc Cárdenas -hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas, que había expropiado las compañías petroleras americanas en los años treinta- tiene como objetivo el restablecimiento de los lazos con la tradición nacionalista y antíimperialista de la revolución mexicana.

El combate contra la deuda externa y las políticas neoliberales impuestas por el FMI - manifestaciones, huelgas, protestas, disturbios- ha sido el principal eje de movilización de los sentimientos nacionales y de las iniciativas antiimperialistas en América Latina. Dadas las pesadas exigencias del reembolso de la deuda (imposible), el FMI y el Banco Mundial ejercen tal control -sin precedente desde el fin de la colonización española del siglo XIX- sobre las políticas económicas y sociales de los países del continente que la independencia de estos, a menudo, se reduce a una ficción. Los "asesores" y "expertos" de las instituciones financieras internacionales imponen a los gobiernos latinoamericanos sus tasas de inflación, sus recortes presupuestarios en educación y salud, su política salarial y fiscal. Las luchas populares contra estas formas extremas de dependencia y contra el pago de la deuda externa no son sólo movimientos "nacionalistas" sino también antistatísticos (Para utilizar el concepto de Immanuel Wallerstein), por su oposición a la lógica de las finanzas capitalistas mundiales. Tienen también un componente de "clase" por su conflicto con las élites dominantes locales - siempre dispuestas a respetar las indicaciones del FMI y de los bancos.

No sorprende que en muchos países, como Brasil, Bolivia, Perú y México, sean el movimiento obrero, los sindicatos, los partidos de izquierda quienes conducen el combate contra la deuda externa: las liberaciones nacional y social están íntimamente ligadas en la conciencia de los sectores más activos del movimiento. Lula, dirigente del Partido de los Trabajadores Brasileño (PT), demandó una moratoria de la deuda externa y una encuesta pública sobre la utilización del dinero pedido prestado - especialmente por parte del régimen militar que gobernó el país de 1964 a 1985. Propuso también una iniciativa en común de los países endeudados, considerando que ninguno es lo suficientemente poderoso como para enfrentar solo a los acreedores.

¿En qué medida un país aislado -aunque relativamente desarrollado como Brasil o México- puede rechazar la dictadura del Banco

Mundial y romper el yugo de la dominación imperialista? ¿La integración económica latinoamericana puede acaso constituir una alternativa a los planes norteamericanos de libre cambio? ¿Cómo obtener entonces la liberación nacional y social de un país subdesarrollado sin el apoyo económico o militar de una potencia industrial como la URSS? ¿Cuál es el peso de las contradicciones entre Europa, Estados Unidos y Japón, y en qué medida éstas pueden ser explotadas por movimientos emancipadores de los países periféricos?

Estas preguntas y otras similares - a las cuales no es fácil dar respuesta - son discutidas en este momento en América Latina y en otras regiones del sur. Éstas demuestran que la liberación nacional sigue siendo una cuestión vital en la periferia del sistema, pero también que las soluciones puramente nacionalistas tienen valor limitado: la necesidad de una estrategia internacionalista es tal vez hoy mejor vista que en el pasado.

El ejemplo de Cuba parece mostrar que un país independiente puede, al menos durante un período limitado, sobrevivir a un bloqueo norteamericano, a un boicot de las instituciones financieras y sin el apoyo de la ex URSS. Pero a largo plazo, el futuro de Cuba dependerá de desarrollos en otras partes de América Latina.

Durante los últimos años, las diferentes fuerzas socialistas, nacionalistas y antiimperialistas de América Latina -incluyendo, entre otras, el PT brasileño, el FSLN nicaraguense, el FMLN salvadoreño, el PDR mexicano, el Lavallas (movimiento de Aristide) de Haití y el Partido Comunista Cubano- han sentido la necesidad de una coordinación internacional (o al menos regional) y han decidido constituir un frente unido, pluralista y democrático, conocido como "Forum de Sao Paulo", que se reúne anualmente para discutir perspectivas comunes.

Durante la primera conferencia del Forum -en San Pablo, Brasil, 1990- se adoptó un documento de importancia histórica, que presenta los lineamientos de una estrategia de liberación nacional para América Latina. Rechaza en primer lugar las propuestas de "integración americana" presentada por Estados Unidos, y denuncia como un intento "de abrir totalmente nuestras economías nacionales a la competencia desleal y desigual con el aparato económico imperialista, someténdolas totalmente a su hegemonía y destruyendo sus estructuras productivas, al integrar una zona de libre comercio dirigida y organizada por los intereses económicos norteamericanos". El documento contrapone a esta propuesta hegemónica una nueva concepción de la unidad y de la integración continental, basada en la soberanía y en la autodeterminación de América Latina, en la recuperación de su identidad cultural e histórica y en la solidaridad interna-

cionalista entre sus pueblos. "Esto presupone la defensa del patrimonio latinoamericano, el fin de la fuga y de la exportación de capitales, una política común y unificada frente al flagelo de una deuda impagable, así como la adopción de políticas económicas en beneficio de las mayorías, capaces de combatir la situación de miseria en la que viven millones de latinoamericanos." 124

Además del nacionalismo antiimperialista se ha desarrollado en América Latina, durante los últimos años, otro tipo de nacionalismo emancipatorio: el movimiento de los indígenas por sus derechos. El debate sobre el V Centenario del "descubrimiento" de las Américas y el Premio Nobel otorgado a Rigoberta Menchu (Guatemala) han puesto de manifiesto las luchas indígenas por la defensa de sus comunidades, sus tierras y su cultura nacional contra la opresión de las oligarquías de origen hispánico o mestizo.

Estos movimientos indígenas, asociaciones o partidos políticos (como el movimiento Tupac Katari en Bolivia) no se limitan en general a un único grupo étnico (quechuas, aymará, mayas, etc.) sino que unen a todas las comunidades indígenas de cada país. Desarrollan una crítica radical a la civilización occidental y sus valores -la propiedad privada, el individualismo, el comercio- en nombre de las tradiciones indígenas precapitalistas y/o precolombinas y de su cultura comunitaria.

Mientras que algunas organizaciones tienen un fuerte componente étnico y buscan reinstaurar viejas naciones o imperios indígenas, la mayoría de estos movimientos luchan por el reconocimiento de los derechos nacionales y culturales de los pueblos indígenas, en coherencia con otros grupos o clases oprimidos. Un ejemplo importante es el movimiento, que se desarrolló entre 1990-1992 en toda América Latina, contra las celebraciones oficiales del V Centenario, llamado "Quinientos años de resistencia indígena, negra y popular". Pero el ejemplo más sobresaliente es, sin duda, el levantamiento zapatista de Chiapas (México) inspirado en las reivindicaciones nacionales de las comunidades indígenas y en la lucha por la tierra. En los documentos del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) aparece una función, única en su género, entre las tradiciones de la revolución mexicana, la cultura Maya de los indígenas de Chiapas y las ideas marxistas de la izquierda latinoamericana.

Durante una reunión de la Convención Nacional Democrática convocada por los zapatistas, en Chiapas, en noviembre de 1994, varias organizaciones indígenas mexicanas adoptaron una resolución que es uno de los documentos más notables jamás producido sobre la cuestión nacional indígena en América Latina. Al constatar que los indige-

nas mexicanos fueron despojados de sus tierras, de sus lenguas, de sus raíces y de su identidad, el texto propone reemplazar el sistema político actual, basado en una estructura estatal centralizada, intolerante y autoritaria, por un Estado de las autonomías que haga posible el respeto del pluralismo y la participación de los pueblos indios en la vida democrática. Para el caso de las regiones habitadas por varios pueblos o grupos socio-culturales, el documento propone, por libre decisión de los interesados, "la posibilidad de vivir juntos en la unidad y en la diversidad, en la igualdad y en el respeto mutuo. Esto significa la creación de regiones multiculturales o multiétnicas". La autonomía es una aspiración secular, que se expresa en la vida cotidiana de las comunidades indígenas, por sus formas de organización y de producción: se trata de transformar estas prácticas en elementos constitutivos del sistema político mexicano, instituyendo un nuevo escalón de poder regional en todo el país. Los indígenas mexicanos insisten, por otro lado, en el hecho de que su proyecto de autonomía "no tiene nada que ver con el separatismo, que es para nosotros, pueblos indios, una idea estéril" 125.

Evidentemente existen diferencias notables entre las naciones indígenas de países como Guatemala, Perú o Bolivia, donde éstas constituyen la mayoría de la población y las pequeñas tribus que sobreviven en la región amazónica. Mientras que en el primer caso la lucha nacional está íntimamente ligada a la lucha social y a la cuestión agraria (lucha por la tierra), en el segundo caso, se trata más bien de una lucha contra la lógica etnocida de la "civilización".

La resistencia de sindicalistas, ecologistas y tribus indígenas contra el desarrollo destructor del *agro-business*, puede conducir en algunos casos a acciones conjuntas, tal la del Amazonas: la constitución de una Confederación de los Pueblos de la Selva a iniciativa del dirigente sindical, militante del Partido de los Trabajadores y ecologista, Chico Méndez -asesinado poco después de esto por los hacendados.

Una tercera forma de nacionalismo progresista en América Latina es el nacionalismo negro, que se ha desarrollado especialmente en los países del Caribe. Este movimiento, inspirado tanto por la tradición de los levantamientos de esclavos -la revolución haitiana de Toussaint Louverture en 1791- como por el Black Power* norteamericano, no ha encontrado todavía una expresión política de masa, siendo sus principales manifestaciones más bien culturales o religiosas. También es el caso de Brasil, donde la resistencia cultural negra se presenta en general como una forma religiosa, por el auge del Umbanda, culto sincrético compuesto por elementos africanos y cristianos.

Volvamos a nuestra paradoja inicial: hoy, más que nunca, los

Problemas más urgentes de la época son internacionales. La búsqueda de una salida a la crisis económica del ex "bloque socialista", a la cuestión de la deuda del Tercer Mundo, y a la catástrofe ecológica inminente -por no citar más que los tres ejemplos más relevantes- exige soluciones planetarias.

Las del capital son conocidas y están perfectamente organizadas a escala mundial, bajo la batuta de un verdadero "Buró Político" mundial, el F.M.I., cuyo poder dictatorial internacional no tiene precedentes en la historia. Estas "soluciones" han tenido indefectiblemente el mismo resultado en todos los lugares donde fueron aplicadas: enriquecer a los ricos y empobrecer a los pobres.

En estas condiciones, ¿de dónde podría surgir una alternativa internacionalista y "antisistémica" nueva?

El antiguo internacionalismo de las "Patrias del socialismo", de los "Amigos de la U.R.S.S." (o de China o de Albania) está muerto y enterrado; sin embargo existen las semillas de un nuevo internacionalismo, independiente de todo Estado o bloque militar, el internacionalismo del siglo XXI.

Por un lado, la tradición internacionalista del movimiento obrero sigue viva en un gran número de sindicalistas combativos, de militantes socialistas y comunistas y en algunas corrientes de la extrema izquierda (anarquistas, trotskistas) -así como también en el ala izquierda de los movimientos autonomistas o de liberación nacional. En ciertas condiciones, ésta puede ejercer una influencia de masa -por ejemplo, en el caso del Partido Brasileño de los Trabajadores, que apoyó a la Solidarosc y a la Revolución Sandinista* a la vez, y que tomó a iniciativa de organizar el *Forum de Sao Paulo*, agrupación unitaria y pluralista de toda la izquierda latinoamericana.

Por otra lado, nuevas sensibilidades internacionalistas ven la luz en algunos movimientos sociales planetarios (feminismo, ecología), en los movimientos europeos de la juventud antirracista, en las movilizaciones de solidaridad con el Tercer Mundo y en ciertas ONG cristianas o laicas (Amnesty International).

Sólo de la fusión entre la tradición clasista, socialista, antimperialista de los primeros, y de las nuevas exigencias humanistas, ecologistas y democráticas de los segundos que podrá surgir el internacionalismo del mañana.